

Yo no soy causa. ⁽¹⁾ Entonces ¿quién lo es? Cuando se expresan en términos más atenuados, está la falta en el destino inexorable, en la suerte ciega, inflexible, que ni el hombre ni la divinidad pueden vencer. He ahí lo que, en su opinión, nos hace culpables y dignos de castigo.

Podemos decir, sin exageración, que esa terrible creencia, tan á propósito para sumir al hombre en la desesperación y al mismo tiempo en el odio contra Dios, fué propia de todo el paganismo. Esa blasfemia fué proferida con la más profunda convicción y la mayor seriedad por uno de sus mejores filósofos. No hay que asombrarse tampoco de que el pueblo no haya pensado de otro modo. Ni es únicamente la insustancialidad de una Elena quien pone su propia tontería á cuenta de la divinidad ⁽²⁾ sino también los héroes valientes y joviales, los más piadosos griegos, decían sin rodeos que la envidia de los dioses y la complacencia en hacer daño, cuando veían á los hombres en el pecado y en el sufrimiento, los hacía criminales para con los mortales, añadiendo que ellos son los seductores, la causa del pecado, y que sólo el hombre es la víctima.

Pero ¿á qué hablar de los paganos; á qué horrorizarnos cuando entre los musulmanes encontramos la misma doctrina? ⁽³⁾ ¿Acaso los cristianos carecemos de motivos para cubrirnos el rostro por vergüenza en presencia de los paganos, cuando los que llevan nuestro nombre se expresan respecto á nuestra fe aún más groseramente que ellos? ¿Por ventura dieron á su afirmación más repulsiva forma que el sectario de Zurich, diciendo que Dios incita é impulsa al pecado; que el hombre no es más que el instrumento con que peca? ⁽⁴⁾ ¿Presentaron ellos su horrible doctrina con más glacial frialdad que al reformador de Gi-

(1) *Iliada*, 19, 86 y sig.

(2) *Odyss.*, 4, 261.

(3) *Coran*, 22, 52; 6, 125; 13, 27; 17, 62. Sprenger, *Leben des Mohammed*, II, 306, 423. Kremer, *Culturgeschichte des Orients unter den Kalifen*, II, 399, 410 y sig. Aklak I-Jalaly. *Practical philosophy of the Muhammadan people* (by Thompson, 1839), 416.

(4) Mœhler, *Symbolik*, (6) 45.

nebra la suya acerca de la predestinación al pecado y á la condenación? ⁽¹⁾ ¿Se aleja mucho de ella también la opinión del reformador de Wittemberg, opinión según la cual Dios produce en nosotros el bien y el mal, en tanto que sufrimos constreñidos é inactivos su influencia? ⁽²⁾

No queremos causar pena á nadie hablando así, aunque sabemos que más de un corazón habrá de sentirse herido; pero ¿es posible callar? ¿No debemos decir con San Pablo: «Nada puedo contra la verdad?» ⁽³⁾ Y ¿no es la triste verdad lo que atestiguamos? El mismo Byron ¿no permitió á su Caín achacar tan crudamente á Dios la culpa de su propio pecado? Y Conradi, ⁽⁴⁾ quien solamente pretendió que Dios compartiese con el espíritu humano la imputación del bien y del mal, ¿no llevó su odio á Dios tan lejos como Melancton, el cual no vaciló en afirmar que Dios es la causa de todo, del bien como del mal, ⁽⁵⁾ y que es autor del pecado de David y de la traición de Judas, lo mismo que de la conversión de San Pablo?

Sólo había un paso que dar para llegar al límite de lo que es posible al hombre, y casi diríamos de lo que es posible al demonio; y ese paso lo dió Teodoro de Beza, proclamando la execrable doctrina de que Dios creó una parte de los hombres sin otro designio que hallar en ellos instrumento para ejecutar el mal que ha resuelto hacer. ⁽⁶⁾

Así es como, en nombre de la teología, se atribuye la noche á la luz, la enfermedad á la salud, la muerte á la vida; ⁽⁷⁾ permitiéndose la blasfemia respecto á Dios y la negación de la razón propia, únicamente para poder creerse á sí mismo inocente.

¿Por qué entonces acusamos á espíritus más vulgares de atreverse á introducir en la vida esas doctrinas que reci-

(1) Becano, *Manuale controvers.*, l. 3, c. 5, q. 3-6. Mœhler, *loc. cit.*, 50 y siguientes.

(2) Lutero, *De servo arbitrio*, c. 150.

(3) II. Cor., XXII, 8.

(4) Zukrigl, *Nothwendigkeit der Christl. Offenbarungsmoral*, 96 y sig.

(5) Mœhler, *loc. cit.*, 43 y sig.

(6) *Id.*, 46.

(7) Basilio, *Hexæm.*, 2, 5.

bieron de su instrucción religiosa? ¿Por qué condenamos al infortunado Lentz cuando comete el crimen de decir que el cielo es la causa de sus pecados y que éste sólo puede hacer que cesen? ⁽¹⁾

¿Por qué irritarnos contra Jorge Sand que acusa á Dios de ser la causa de nuestros pecados, pues permite á la humanidad separarse de la buena senda en vez de hierirla con su rayo? ⁽²⁾

9. Nadie está exento de falta, y nadie confiesa su culpabilidad.—Hemos llegado al último límite, porque no podemos ir más lejos: tiempo es ya de que demos cuenta de todo lo que hasta ahora hemos oído. ¿Cual es el resultado de nuestra larga peregrinación á través de los países, los pueblos y las épocas? Muy aflictivo sin duda: en todas partes encontramos la culpa, y en ninguna la confesión de ella. Todos se vanaglorian de ser hombres, todos pecan contra lo que es verdaderamente humano, y todos lo corrompen sin esperanza de enmienda, sin admitir que esté dañado, ni que sean ellos los que hicieron el daño.

Un día, los hijos de Dios vinieron delante del Señor. También estaba entre ellos Satanás. Y el Señor le dijo: ¿De donde vienes tú? Y respondió: Di la vuelta á la tierra y la he recorrido toda. ⁽³⁾ Será inútil decir que el malvado acusador de los hombres ⁽⁴⁾ no había visto en la humanidad el bien, sino únicamente el mal. Por esto el Señor le preguntó de nuevo si á lo menos no había encontrado una persona en quien nada tuviese que reprender, Job, el santo, el hombre irreprochable. No es que Dios hubiese querido decir que Job carecía de defectos; trataba solamente de la humanidad, y quería evitarle el reproche de que todo bien lo hubiese abandonado. Así es como Dios respeta el honor aun de los hombres caídos.

El relato no dice si en aquel momento el buen espíritu de la humanidad apareció también delante de Dios. En

(1) Düntzer, *Frauenbilder aus Goethes Jugendzeit*, 65.

(2) Sand, *Lelia*, 35. (Werke, deutsch. [Stuttgart, 1844], L. III, 16).

(3) Job, I, 6, 8.

(4) Apocalipsis, XII, 10

caso afirmativo, sin duda el Señor le hizo la misma pregunta: ¿De dónde vienes? Y su respuesta fué: Viajé por todos los países habitados por los hombres, crucé los mares, me lancé hasta las estrellas del firmamento. Y el Señor le diría: ¿Encontraste un sólo hombre sin pecado? ¡No! sería sin duda la respuesta; en ninguna parte lo he encontrado. Pero ¿has encontrado también la causa que les ha hecho caer en pecado? Sí, á creerles á ellos; bajo el cielo, en la tierra, en el aire y en el mar, en los profundos abismos del infierno, hay innumerables seres á los que atribuyen la culpa de sus crímenes; sólo hay un lugar en que no me hayan permitido buscar algunos rastros de faltas y de responsabilidades, y es su propio interior, allí donde el mal reside, de donde se lanza como salvaje fiera de su antro para esparcir el terror y la devastación en las montañas y en los valles. Que el pecado tiene el cetro de la humanidad lo confiesan, si no por sinceridad, á lo menos por descontento hacia los otros. Pero nadie admite que él sea pecador. No pueden abstenerse de cometer culpas y pecados, como si eso fuese un derecho humano de que es necesario usar absolutamente. Parece como si quisieran encontrar en él una prueba de que su naturaleza es humana, mas tan pronto como han mostrado que son hombres, niegan que eso proceda de lo que tienen en sí de humano. Si han de justificarse, tienen como excusa siempre pronta la frase: *Errare humanum est*; pero cuando se invoca el mismo principio para demostrarles que son también responsables de haber errado, entonces niegan sus propias palabras.

10. Los hombres no quieren investigar la causa del mal.—El genio de la humanidad tiene razón. En sus primeros escritos, la antigua humanidad ha declarado ya por boca de Hegesias, ⁽¹⁾ de Sócrates y de Platón, ⁽²⁾ que nadie es voluntariamente malo.

Pocos hombres—verdad es que son los más ilustres es-

(1) Diógenes Laert., 2, 95.

(2) Platón, *Tim.*, 41, p. 86, d.; *Protag.*, 31, p. 345, e.; 37, p. 355, d.

píritus de la antigüedad—osaron poner en duda esa afirmación, ⁽¹⁾ pero de nada sirvió; los hombres se obstinaron en negar que la voluntad fuese libre, con una terquedad ⁽²⁾ que les honra poco. Ahora, hemos llegado tan lejos, que aun obras científicas serias aplauden cuando Ola Hanson explica en su abominable *Paria* la muerte que una madre hace como un simple instinto de la naturaleza, y nos muestra pura como un espejo el alma de la que asesinó á su propio hijo. ⁽³⁾

Que el hombre es dueño de sus acciones, que es causa de ellas, que tiene, por consiguiente, la culpa y la responsabilidad de lo que es malo y el mérito de lo que es bueno, verdades son innegables, atestiguadas á cada uno por su propia conciencia, y que todos pueden encontrar por la reflexión. Pero esta verdad fué negada con tanta tenacidad y de un modo tan general, que podría creerse no es accesible al hombre caído, abandonado á sus propias fuerzas y á la sola razón natural, sin una luz más elevada y sin un impulso más vigoroso que el que posee. Un doctor de la incredulidad moderna confiesa en efecto que se vería obligado á abandonar el punto de vista en que se coloca, si le fuese necesario admitir la doctrina de que es libre la voluntad. ⁽⁴⁾

Sin admitir una extraordinaria debilidad de la razón, agradecemos, sin embargo, á la divina gracia, que una luz más brillante nos haya aparecido en la persona de Jesucristo, luz que alumbró nuestras tinieblas, ⁽⁵⁾ y nos hace así, desde este punto de vista, imposible todo extravío. Esta doctrina nos enseña: «Nadie diga cuando fuere tentado, que es tentado de Dios; porque Dios no intenta los males; y él no tienta á ninguno. Mas cada uno es tentado, arrastrado y halagado de su concupiscencia». ⁽⁶⁾ Todo lo

(1) Aristóteles, *Eth.*, 3, 5, (7) 4. Sófocles, *Fragm.*, 362 (Ahrens).

(2) V. *Vol.*, I, *Conf.*, 6.

(3) Cf. Schmidkundz, *Psychologie der Suggestion*, 363.

(4) Boutteville, *La moral de l'Egl. et la moral nat.*, 52.

(5) San Juan, I, 5.

(6) *Jac.*, I, 13, 14.

que ésta puede hacer es excitarle, pero nada más. Tal es la doctrina de la Revelación.

Sin embargo, nada nuevo nos dice acerca de este punto; no hace más que confirmar lo que sabemos por nuestra propia inteligencia. ¿Qué persona avisada negará que existe el mal en el mundo? ¿Acaso las caídas mortales no son frecuentes en la vida? Pero no es fuera donde se encuentra el verdadero peligro: es en el interior. Examínalo con cuidado, y pon guardias á su puerta, delante de tus pensamientos y de tus pasiones. ¿Por qué acusas á tu naturaleza? ¿Por qué acudes á una naturaleza ajena para sincerarte de tus faltas? Tú mismo eres la causa de tu malicia; tú eres la causa de tus extravíos, la causa de tus pecados. ⁽¹⁾ Tal es la sencilla verdad que reconocemos tanto en la luz de la razón como en la revelada.

Pero la causa de esta condenación es que la luz ha venido al mundo, y que los hombres prefirieron las tinieblas á la luz, porque sus obras eran malas. ⁽²⁾

Ahora, como en los tiempos antiguos, atraviesan los hombres espacios infinitos para saber si encontrarán algo á que puedan imputar la responsabilidad de las malas acciones, que oprime de un modo terrible la conciencia del hombre. Y vuelven sin cesar, afirmando que el mal debe sin duda ser inevitable, y sería lo mejor dejarle pasar como las nubes y las brumas de otoño cuya procedencia se ignora, constando solamente la presencia súbita sin ver en parte alguna la razón.

Os creemos bajo vuestra palabra. Pero ¿por qué no buscáis la razón allí donde solamente puede encontrarse? ¡Oh vosotros, hombres, cómo os hacéis intolerables á vosotros mismos, no temiendo á nadie más que á vosotros! ¡Cómo, huyendo eternamente de vosotros mismos, encontraréis jamás el motivo del mal? Si lo buscáis, buscadlo bien, buscadlo donde en realidad se encuentra, y no tardaréis en encontrarlo.

(1) Ambrosio, *Hexæm.*, 1, 8, 31.

(2) San Juan, III, 19.

11. **Temen la verdadera respuesta á la pregunta del origen del mal.**—No hay efecto sin causa; tal es el principio que desde los tiempos más remotos fijó la ciencia como punto de partida en todas sus investigaciones. Nada procede del azar; cuando la humanidad se detiene en un defecto de una manera tan universal, y con tal obstinación, debe tener para ello motivos especiales. Ninguna cuestión aborrece más que ésta: ¿De dónde procede el mal? Y, sin embargo, desde el principio, hubo muy pocas que haya suscitado más frecuentemente que esa; pero se equivocaría quien creyese que la ha propuesto con el fin de resolverla.

¡No! Los hombres no quieren que sea resuelta. Temen, más que todo, lo que les causa terror, la justa respuesta á la temible pregunta: ¿De dónde procede el mal? De ahí su ansiedad por encontrar una respuesta que les exima de la culpa.

Para probar esto, nos guardaremos de dirigirnos á espíritus débiles y tímidos. Mad. de Stein, en la época de sus relaciones prohibidas con Goethe estaba muchas veces acosada por graves escrúpulos de conciencia. Tal vez se pretenda rechazar su testimonio como el de una alma inquieta, cuando se expansiona diciendo: «No quiere mi conciencia decirme si es injusto lo que siento, y si debo expiar el pecado que tan caro me es. ¡Oh cielo; aniquila esta conciencia si alguna vez ha de acusarme!»⁽¹⁾

Evidentemente debe ser grande el terror, cuando se está obligado á confesar que la conciencia no quiere responder á la pregunta de si se vive en el pecado, y se pide al cielo que la aniquile antes que permitir diga la verdad. No obstante, como se dice que son afectas á la gazmoñería las mujeres, no es posible dar gran importancia al testimonio de Mad. de Stein.

Bien; pero Goethe, su ilustre Goethe, está seguramente por encima de esta sospecha y, sin embargo, tampoco él se hallaba exento de ese temor á oír la justa respuesta;

(1) Dünzter, *Charlotte von Stein*, I, 66. Baumgartner, *Goethe*, (2) I, 294.

también huía de la verdad, y tal vez más aún que Mad. de Stein. No tenía tranquila precisamente la conciencia cuando se proponía la cuestión: «¿Qué entiendes tú por pecado?» Pero se guarda mucho de esperar la respuesta, y dice con fría gracia que pretende ser ingeniosa: «El pecado es lo que no se puede dejar de cometer».⁽¹⁾

Pero lo que teme Goethe expresar claramente, lo confiesa sin ambigüedad ninguna Lessing. ¿Qué perdemos, dice, cuando se niega la libertad? Algo, si acaso lo es, de que no necesitamos para nuestra actividad en la tierra, ni para nuestra felicidad, algo cuya posesión produce muchos más cuidados é inquietudes que nunca produciría su privación.⁽²⁾ En cuanto á él, dijo en una ocasión á Jacobi, no deseaba ninguna voluntad libre; fué, por excepción una vez, por azar, por razones especiales de conveniencia, un buen luterano; ateniéndose luego al error y á la blasfemia, más animal que humana, de que no hay voluntad libre.⁽³⁾

Se rehuye, pues, conscientemente la verdad y, por consiguiente, de propósito; se niega por temor y por cobardía; fuga semejante á la del niño que se salva después de haber arrojado una piedra á la ventana de su padre; negación como la de la niña á quien su madre sorprende con la mano metida en la caja de golosinas.

12. **¿Dónde encontrará el hombre la verdad y el auxilio?**—Ya puedes, oh hombre, conocer quiénes son tus verdaderos consoladores y tus verdaderos médicos: millares se acercan á ti sin ninguna misión, te toman el pulso, y su juicio unánime es el siguiente: No encuentro falta en él. ¡Si á lo menos esas palabras pudieran absolverte del pecado! Pero tú mejor que nadie sientes cómo ese pecado irrita tu sangre, cómo ha penetrado hasta la médula de tus huesos. No crees tú que los peores médicos son aque-

(1) Goethe, *Zahme Xenien*, III, (G. W., 1827, III, 281).

(2) Lessing, *Zusätze zu Jerusalem's philosophischen Aufsätzen* (Lachmann, 1839, X, 6).

(3) Jacobi, *Ueber die Lehre des Spinoza*, G. W. 1819, IV, 1, 61, 70 y sig.

llos que sólo tienen esta palabra en sus labios: ¡Paz!, ¡cuando la paz no existe, y curan tus llagas burlándose de ti! ⁽¹⁾ No les responderás tú como Job: Frecuentemente oí ese lenguaje; todos sois onerosos consoladores. ⁽²⁾ ¿Puedes tener esperanza de que jamás te curen, ellos que no conocen dónde radican tus sufrimientos, y que no quieren conocerlo? No quieres entregarte confiadamente en manos de los que no te adulan, verdad es, pero ¿te dicen donde está la causa del mal?

Esta advertencia puede serte útil; tal vez te será difícil prescindir de tus prejuicios, de tu arraigada desconfianza hacia los maestros del Cristianismo que te prometen una curación segura, pero ponen como primera condición el conocimiento de lo grave que es la enfermedad.

¿Será, pues, tan profundo el mal? Si lo asegurasen ellos solos, podrías aún dudar; sin embargo, si no los crees, por lo menos cree á los que te advierten por su propia experiencia. ¡Qué grave, qué vergonzoso, qué horrible es el pecado! Sí, lo es, aunque los más audaces lo nieguen con el miedo «de un lobo que huye en silencio, con las orejas gachas, después de cometer á hurtadillas una maldad». ⁽³⁾

Que huyan, pues, tan lejos como puedan; que nieguen lo que quieran. Cuánto mayor es su ansiedad, más claro es. ¡Su terror parece quitarnos á todos esta advertencia! Si has mostrado que eras hombre, confiesa como tal tu falta; si las cometiste, confiesa que eres tú el autor; pero no tienes el derecho de hacer lo que no te atreves á confesar, y no debes dejar que viva en esa presión tu conciencia.

(1) Jeremías, VI, 14.

(2) Job, XVI, 2.

(3) El Tasso, *La Jerusalén libertada*, (Gries) XII, 51.

CONFERENCIA VIII

GLORIFICACIÓN DE LA SANA SENSUALIDAD

1. El hombre en el pozo, imagen del hombre.—

Todos conocemos por Rücker esa parábola oriental, de tan profundo sentido que, desde hace siglos, pasó á formar parte de las leyendas de todos los pueblos: ⁽¹⁾ el relato del hombre en el pozo. ⁽²⁾ Perseguido por un elefante furioso el pobre hombre se salvó en una honda cisterna; sus manos se asían á las ramas de un débil arbusto, sus pies se apoyaban en una estrecha faja de césped que había crecido entre las piedras. Cuando sus ojos se fueron habituando á la dudosa luz de la cisterna, miró en torno suyo; pero ¿quien podría describir su terror! Dos ratas, la una blanca, negra la otra, roían las raíces del arbusto; cuando una se fatigaba, reanudaba la otra su tarea. Unos gusanos minaban asiduamente el césped, y abajo se retorcía un dragón horrible. El monstruo abría su boca ávida, tendía hacia él su largo cuello y arriba estaba el elefante, aguardando su presa, introduciendo su trompa en el pozo. Aquel desdichado se veía ya en las garras de la muerte. Está perdido, como la caza que cayó en los lazos del cazador. La esperanza abandona su corazón; quedan privados de todo consuelo sus ojos, y dice adiós á la vida.

Así pensaría el hombre si fuese como debiera ser; pero si se le toma tal como es, nadie se asombrará de que el relato continúa del siguiente modo: En esa triste situación, el desgraciado vió que de las ramas del arbusto destilaba

(1) Grimm, *Deutsche Mythologie* (4 Aufl. von Merger, 1876), II. Simrock, *Deutsche Mythologie* (2 Aufl. 1864), 42.

(2) Fr. Rückert, *Parabeln* 1 (*G. W.*, 1882, IV, 303).